

Primer miembro de número femenino

ROQUE ESTEBAN SCARPA

A la Academia parecía bastarle el tener nombre de mujer. Heredera de la tradición ajena y fundacional, dormida bajo su hechizo, ni las voces creadoras que trajeron honores a la nación y a la lengua con su plena significación espiritual parecían conmoverla. Ni la rectificación en los hechos realizada por la madre de la tradición empecinada, ni los ejemplos de las instituciones congéneres de nuestra América, la movían a modificar sus usos casi centenarios. Para descargo de los señores académicos, podría decir que quizá en su culto subconsciente regía el temor ancestral de tener que decidir predilección entre mujeres, y estaba apoyado en la sabiduría de Zeus, padre de los dioses, que se negó a fallar por sí mismo en pleito de perfección y hermosura entre Juno, Minerva y Venus, provocado por la diosa Discordia que, en unas bodas, arrojó sobre la mesa del festín su famosa y fatídica manzana. Y lo que la mayor de las divinidades se negó a encarar, le fue cedido a Paris que, al escoger a Venus, hizo que las otras dos, despechadas, se unieran en su rencor para vengarse, y así le fue al hijo de Príamo, como todos sabéis. Pero eran otros tiempos. No tenemos la hermosura del entonces pastor Paris, y aunque reunimos entre nosotros algunos siglos de permanencia en la tierra no alcanzamos a parecernos a la eternidad, no obstante tener alguna semejanza con Cronos, el padre de Zeus, encarnación del tiempo. Según su representación jeroglífica egipcia, tenía cuatro ojos, dos delante y dos detrás, para significar que, al mismo tiempo, dormía y velaba, y cuatro alas a la espalda, dos extendidas y dos plegadas como signo de andadura y quietud. Meditad en nuestro oficio y en nuestro papel y después podéis confesar que existe alguna válida correspondencia. Agreguemos que, para nuestra decisión, no sentimos caer sobre nuestra mesa de reuniones ninguna

manzana de oro, y en la decisión unánime no metió mano la discordia, ni recibimos, como en el caso de Paris, de presuntas candidatas, ningún género de promesas para inclinar la voluntad y el ánimo.

En cambio, al estar en el filo de sus cien años de vida, la Academia adquiría arrestos juveniles. Quizá el que ella haya recobrado la asistencia de gran número de sus miembros a las reuniones, aumentó su lucidez y su potencia de ánimo y se atrevió a hacer tabla rasa de reglamentaciones añejas que prohibían o no consideraban posible el que la integraran sino varones y varones en el casco de la región metropolitana. La enseñanza que nos dieron los miembros correspondientes de provincia con su entusiasmo y asiduidad cada quince días trasladándose a su propio coste y sin viático desde Linares, Rancagua, Talca, Curicó, Chillán, Concepción, La Serena, Vicuña, Valdivia, permitieron derogar por no válido, el articulado que no les permitía ser elegibles. Y en el caso de la participación de la mujer en nuestras tareas, si a alguno le hizo temer que al incorporarse como miembro de número, al llevar consigo la consideración de individuo que corresponde a todo aquel que pertenece a una clase o corporación, siguiendo la tendencia actual de aplicar la forma femenina a los cargos desempeñados por mujeres daba en individua que, fuera de sonar mal, tiene consideración despectiva en el diccionario. Vencido este temor, daba la igualdad de derechos y obligaciones; y como no llamaríamos miembro a la electa, la Academia dio en aprobar lo que era justicia y legitimidad. Así llegará a su centenario, que se cumple en junio de 1985, con una amplitud de reconocimiento y valoración no predecible hace pocos años.

La primera mujer electa por la Corporación para integrarla es doña Rosa Cruchaga, a quien habéis oído en su discurso de incorporación, y a quien me cabe el honor de recibir esta tarde. Se la escogió por la excelencia de su saber y de su poesía, personal y originalísima. Yo diría que Rosa Cruchaga es poeta por vocación. Por vocación exigente y probada en su búsqueda de una expresión inusual. Heredera de una poesía femenina que busca, sobre todo, manifestarse sensualmente, girar en torno de la experiencia amorosa, o buscar en la naturaleza la comprensión y simpatía por sus estados anímicos, Rosa Cruchaga, limitada por su educación y su medio, contra el que no se rebela, sino que lo acepta como un modo natural de formación suya, y movida por un sentimiento cristiano de justicia y de amor y preocupación por el prójimo, ha de dar en otra temática que aquella de una herencia que tiene los acentos desgarradores y la palabra, a veces de frenesí, otras de tierna exactitud, en Gabriela Mistral, o la sensualidad primaveral de Juana de Ibarbourou, o la queja irónica y la lucidez racional de Alfonsina Storni. No le corresponde al llamado que le hacen, según define a la

vocación Thomas Mann, ese mundo, que casi siempre es expresión de lo que no se posee en la realidad y se sueña. Gabriela tuvo la valentía de expresar, después de todo el mito del amor por Romelio Ureta, que ella eligió, “entre los otros soberbios y gloriosos,/ este destino, aqueste oficio de ternura/ un poco temerario, un poco tenebroso/ de ser un jaramago sobre su sepultura”. Y para afirmar esta elección, en el soneto quinto de los de la muerte nos dice además: “Yo elegí esta invariada / canción con la que arrullo un muerto que fue ajeno / en toda realidad, y en todo ensueño, mío; / que gustó de otro labio, descansó en otro seno”. Este muerto que fue ajeno a ella en el mundo real, por propio, absolutamente suyo, en el del ensueño, es el motivo, la necesidad de su canto. Recuerdo en este instante lo que Gustavo Adolfo Bécquer, poeta del amor, le expresó a una mujer en su “Carta literaria”: “Cuando un poeta te pinta en magníficos versos su amor, duda”, porque el amor en su plenitud se basta a sí mismo, colma el ser, no necesita expresión ni palabra, emana en el gesto, en la mirada, en la presencia, todo su poder. Quizá sea equivalente a lo que el mismo Bécquer dijo de la poesía: “La comprendo por medio de una revelación intensa, confusa e inexplicable” que, al encarnarse en la forma se ordena y se explica aunque no sea más que por señas mágicas”.

Por eso pude yo decir en el prólogo de “Bajo la piel del aire” que el punto de mira es esencial en su obra y otorga a cualquier tema esa extrañeza inicial, que no viene de una voluntad de hacer la poesía de esa manera prevista, sino de la naturaleza del ser del poeta y su manera de darse. Decía allí hace seis años, y lo ratifico en absoluto, que Rosa Cruchaga es un ser sorprendente en la vida y en la poesía, en ambas, porque tiene el don natural de mirarlas con asombro, desde el ángulo más inesperado, con una libertad desordenada por los múltiples duendes que la habitan, que se expresan lanzando al aire en cualquier momento, estrellas de ingenio simultáneamente ingenuo y sabio, deslumbradoras e incitantes a la meditación, espirituales e increíblemente sensibles en su femineidad. Podría agregar lo que dijo Bécquer de la mujer: “La poesía está como encarnada en su ser; su aspiración, sus presentimientos, sus pasiones y su destino son poesía: vive, respira, se mueve en una indefinible atmósfera de idealismo que se desprende de ella, como un fluido luminoso y magnético”. Por su raigambre cristiana, ese substrato de idealismo, “me hermano con mis prójimos”, dirá ella, y como el destino de los prójimos y los lejanos está condicionado por la irracionalidad y la violencia, el tono de su voz en ocasiones no intenta ocultar la angustia. Esa angustia, en otros momentos se hace ironía, cuando advierte la inauténticidad del hombre, su fácil entrega a las modas ideológicas o los poderes del instante “bajo la piel del aire, sobre la piel de nadie”. Y

como toda ironía, para que sea legítima y no erguida soberbia, comienza por aplicarla sobre sí misma, como su habilidad inhábil en el mundo cotidiano, precio quizá de habilidades sutilísimas en el otro mundo concedido. Uds. le han oído el poema "El número", que recrea su manera de ser exactamente y su solución final del ruego e imprecación al Padre autor de todos los números como armonía y orden.

Incluso cuando cuenta o recuerda, ejerce la ironía sobre su vivir en el mundo, tan claramente expresado cuando se refiere al mito de Sísifo en versión moderna y femenina ("lavar y ordenar lo que mañana amanecerá sucio y fuera de sitio"), dando a entender el carácter sucesivo e implacable de ese lavar y ordenar en vano, restando tiempo a otros quehaceres que no dejan de ser similares, aunque sean poéticos, porque lo expresado se borra dentro de uno mismo para dejar campo de nuevo a la necesidad de la expresión, como si antes no hubiera existido. Y si se refiere al mundo literario no dejará de ejercer ese poder acre, salvando a quien su propia humanidad salva y que ella, perspicazmente, advierte. En medio de ese zoológico del encuentro de escritores de Concepción, el retrato que hace de esos especímenes antagónicos y voracísimos "si no hubieran sido reprimidos por las jaulas de la buena educación" y a quienes concede "ingenio, osadía, peligrosa reserva, hipocresía", opone el retrato breve, pero sustantivo, de quien hacía de anfitrión: "el afectuoso, el desvalido Alfredo Lefebvre" que "iba y venía por pasillos y parques y salas como un hilo vibrante, conductor y pacificador". Creo que nadie ha hecho una definición de Lefebvre, tan exacta de esa mezcla de poder y debilidad que tenía el inteligente ensayista y profesor de la Universidad de Concepción. Ese "desvalido" con que lo califica es un poema de la capacidad de ver y penetrar en la naturaleza humana que tiene Rosa Cruchaga en la vida y ejerce en la poesía, como lo hizo con Josephine Baker y Martin Luther King, o como con la embarazada del bus, con Mercedes Alvarez, con Judith Montes en sus dos poemas, los sonetos en Pomaire, donde "oficiaba de nube en el verano" y a cuyo baldear "el calor se sonreía", o inclinada sobre la máquina de coser, donde "su brazo era / un molino de energética ternura" mientras "al fondo de sus ojos el ovillo / iba empequeñeciéndose y crecía / el horizonte de su dobladillo".

Rosa Cruchaga tiene el don de la visión nueva de lo habitual. Exigente consigo misma, insatisfecha con sus logros, su poesía tiene caracteres de personalidad acusada dentro de la lírica chilena. Y acuidad para juzgarse, aunque por su límite de exigencia, da en un desesperarse que no le corresponde. En este mismo discurso de incorporación ha hecho un análisis de su posición poética muy atinado, yo diría que desde dentro, sin alardes, con una natural modestia que, conocedora del proceso creador en ella,

especifica sus orígenes y, tangencialmente, se defiende de los siempre inefables críticos que juzgan lo ajeno a partir de sus propias y privativas limitaciones. Nos dice que sus primeros libros, según esos críticos, contienen un simbolismo abigarrado, y según pensaba, y sabía de ella, una sufrida (en el estricto sentido de la palabra) realidad. El docto crítico, profesoral en la mayoría de los casos, aplica sus cómodos conocimientos que le sirven de andaderas hasta para su dormir, mientras el poeta indoctor, pero que sabe de los orígenes, las relaciones profundas y sus caminos hasta la expresión, conoce que esa definición es un acto de pereza, de acudir a lo sabido, venga o no al caso, pero que goza de apariencia de verdad severa. Rosa Cruchaga conoce y reconoce que en su proceso creador la voluntad de orden y de rigor la llevó a apoyarse en formas métricas rigurosas que la protegían y le daban visos de perfección, pero que luego rechazó para encontrar en la riesgosa libertad formal la posibilidad de una veta más profunda, rica y exacta. Atestiguará la unión esencial de su poesía con su propia vida: el poema es su refugio personal, es su persona defendida del caos social a que nos hemos referido anteriormente a través de la indagación en lo interior y la salvación de lo rescatable del mundo por la expresión que le da un sentido y nos da un sentido. Ella nos dice y nos es persona fantasiosa: "Creo que todo lo que he escrito ha sido por urgencia imperiosa y por instinto de conservación. He escrito para no trastornarme con el vivir de los días". "La creación de mundos propios, *exclusivos*, nos permite ser y sentir como realmente somos, sin imperativos sociales ni axiologías ajenas a la propia conciencia". Y agrega que si la poesía fuera una instalación de la realidad sensible, como afirma Aristóteles, ella no escribiría poesía para no confirmar las insatisfactorias realidades". Para crear su sobremundo, su otra realidad que se sitúa de una manera intermedia entre la realidad sensible y la que no es perceptible mientras se vive en el tiempo, abstrae de los objetos lo que en ellos intuye de permanente. Y continúa un análisis lúcido de su relación con la poesía y de ella con su propio vivir. Constituye un gozoso testimonio de lo que es la conciencia poética desligada de todas las modas que parecen tan valederas mientras duran y sólo fragmentos de historia literaria, de información sobre las pobrezas, desvaríos o ilusiones de una época que ha perdido su sentido humano y vive de los trajes sobre cuerpos desmoronados que ya no existen.

Uds. habrán comprendido por qué la Academia Chilena de la Lengua ha elegido a Rosa Cruchaga de Walker como su primer miembro de número femenino. Zeus hubiera perdido el miedo de votar y Paris no sufriría ningún descalabro por la elección. La discordia ni se atrevió a mostrar su áurea manzana. Y la Academia no tiene en vano nombre de mujer. Y aunque Rosa Cruchaga lo haya dicho en su poema "Paquete" que ella va sola de su mano,

esa mano tan sabia, movida por espirituales brisas, vientos y huracanes, la estrechan veintinueve manos de varón que la reciben fraternalmente, por mi voz que recibe el mandato de ellas, en esta histórica sesión que nos engrandece a todos.